

BIBLIOTECA NACIONAL
JOSE MARTI
HABANA CUBA

Reserva 2

CUBA y AMERICA

REVISTA-ILUSTRADA

UN NUMERO 20 CENTAVOS PLATA

SUSCRIPCION MENSUAL 80 CENTAVOS PLATA

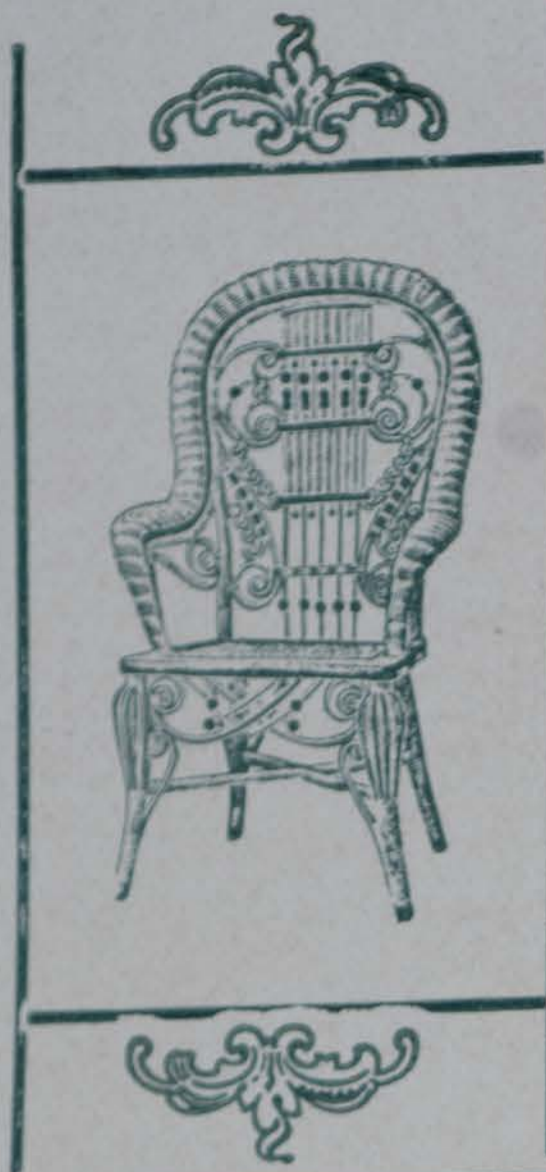
ADMINISTRACION GALIANO 79 HABANA



SEPTIEMBRE 11 DE 1904

NUM. 11

VOL. XVI



La Estrella de Cuba

★
DE SUAREZ Y COMPAÑIA

Mueblería en general
Importadores de toda
clase de muebles y ob-
jetos de fantasía
Unica en su clase

M
I
M
B
R
E
S

Mimbres de todos estilos
Lámparas de cristal y
bronce. Oleos, oleogra-
fías, biscuits, porcela-
nas, bibelots, etc.

O'REILLY 56 Y 58.

TELEFONO 604.

'BURLADA'



AGUAS MINERALES
BICARBONATADAS
SODICAS-YODURADAS

LA REINA DE LAS AGUAS DE MESA

Premiadas en todas las exposi-
ciones que se han
presentado y en la

UNIVERSAL DE PARÍS DE 1900

CON MEDALLA DE PLATA

Eficazmente recomendadas por las
eminencias médicas extranjeras y del
país, para la curación de todas las
afecciones del estómago

M. PEREZ IÑIGUEZ,

AGENTE EXCLUSIVO

¿Desea Vd. un buen reloj?

Pase por la CASA BORBOLLA,
Compostela 56 y 58 y encontrará
valioso surtido al alcance de todas
las fortunas.

Tenemos espléndida colección de
elegantes

**GEMELOS E
IMPERTINENTES**

Cuídese su vista



-LICHENHEIM-

O'REILLY 106, HABANA

Fabricante en espejuelos y gafas de todas clases

**YO ...
FUMO
EL TURCO**

Gran Fábrica
de Cigarros

'BAIRE'

De Manuel Grenet y Ca.

DEPÓSITO GENERAL: REINA 8, HABANA

*Pídanse los cigarros
aromáticos legítimos*

PAPEL DE ARROZ

Registrada en la Administración de Correos de la Habana como correspondencia de segunda clase



Año VIII

SEPTIEMBRE 11 de 1904

Vol. XVI, No. 11



INDUSTRIAS CUBANAS

II

Frutas, Hortalizas y Carbón

Por A. Pompeyo

LOS ALMACENES de víveres y principalmente los puestos de frutas de los italianos, presentan en New York en esta época del año un alegre aspecto con las frutas frescas de la estación. A las fresas y las moras y demás especies de la larga familia de las *Berries* que pasaron, han sucedido las ciruelas, las peras y los rosados melocotones que impresionan agradablemente la vista y excitan al apetito. Los últimos me recuerdan los melocotones criollos que comí en la Habana en el mes de Mayo. Se debe á un inteligente americano, hombre emprendedor, la idea de destinar á ese cultivo un buen paño de terreno en Artemisa, habiendo los resultados correspondido satisfactoriamente al propósito. Fueron los frutos remitidos á este país en una gran parte, alcanzando buenos precios y el resto se vendieron en la Habana con estimación. He ahí un adelanto que debe registrarse. El americano aludido, cuyo nombre no recordamos, es merecedor á una recompensa, pues ha abierto una

nueva vía á la producción de frutas en el país, y por ella pueden seguir otras, pues el fértil suelo de Cuba y la benignidad de su clima se prestan admirablemente para el cultivo de diversas frutas, como las fresas y los higos, que debían ir en abundancia al mercado. Ese movimiento de impulso ya se nota en la piña, que en los años últimos ha venido á este mercado en grandes cantidades, y en las legumbres y hortalizas. Las cebollas de Güines son aquí muy estimadas en invierno; así como las berengenas, el quimbombó y los tomates.

Con respecto á estos últimos, recuerdo una conversación que tuve en Asbury Park hace pocos días con el Sr. Arturo Fonts. Este conocido y agradable sujeto, tan popular en algunos círculos de este país como en Cuba, no es un simple *sportman*, es también un hombre emprendedor y laborioso. "Este año, me decía, estoy dispuesto á aumentar mucho la importación de tomates de Cuba en New York. Lo dejé todo dispuesto para que los

embarques se hagan en pleno invierno, es decir, cuando aquí no los hay y son codiciados y se pagan bien. Los americanos gustan de los tomates y no reparan en el precio al tiempo de comerlos. Esto aparte de otros negocios que tengo entre manos que pueden resultarme de provecho. Yo ya estoy en el *track*", me decía el señor Fonts y yo con gusto escuchaba el propósito de hacer impulsar la producción de Cuba, en lo que todos estamos tan interesados.

Hay otra industria en Cuba susceptible de mejorarse, pues existe rutinaria. Es la del carbón de leña ó vegetal. Aquí esa industria se ha llevado á la perfección, empleando determinada clase de hornos, donde todo se aprovecha. Con ellos se sabe casi matemáticamente que una cuerda de leña produce aproximadamente cincuenta sacos de carbón, doscientos veinticinco libras de acetato de cal y diez galones de alcohol de madera. Nada hay despreciable, todo tiene su valor y eso de que el humo y la ceniza no valen nada está bueno para los poetas; pero no para los químicos que todo lo analizan, ni para los comerciantes que todo lo aquilatan y cotizan.

Hoy se están comprando en Cuba nuevos terrenos que hay que desmontar, para dedicarlos á ingenios de caña ó á otros usos. El mejor destino que pudiera darse á esa leña es convertirla en carbón vegetal; pero científicamente, por medio de hornos apropiados, para aprovechar no sólo el carbón sino los productos de la combustión parcial que sufre la madera.

La tala de árboles que forzosamente hay que hacer, trae aparejada la necesidad de pensar seriamente en sembrar nuevos árboles, porque si los poderes públicos no se ocupan de este asunto, ni las sociedades y empresas ni los particulares, puede llegar el día en que el país sufra seriamente por la carencia de arbolado. Los Sres. Camps y Meza se han ocupado más de una vez en las columnas de esta Revista de la necesidad, que es urgente, de sembrar árboles en Cuba. El caso apremia y está justificada hasta la conveniencia de que se forme una Sociedad con el exclusivo objeto de escogitar la mejor forma y manera de sembrar, fomentar y cuidar el arbolado.

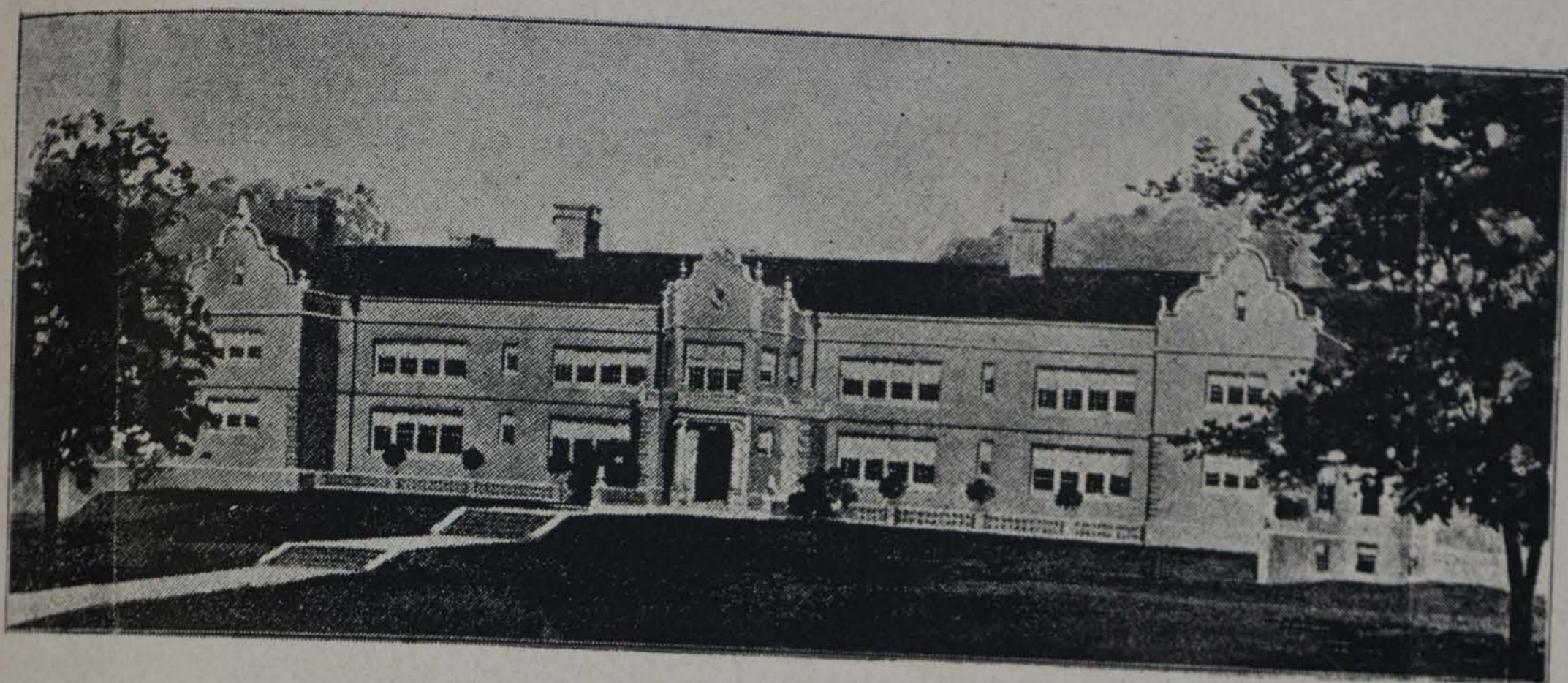
New York, Agosto de 1904.

INVOCACION

POR M. ALBALADEJO

Como la excelsa palma que se mece
y altiva crece, crece
hasta que el rayo en su penacho estalla
y es entonces más recia la caída
cuanto más era erguida;
tal fué el trágico fin de la batalla.
En que empeñamos nuestro amor eterno.
El ábrego de invierno
tronchó las puras y fragantes flores
que en tu mórbido seno ¡mi adorada!
como en blanca morada
me inundaron en vírgenes olores.
¡Oh, la tarde cargada de delicias
en que suaves caricias
nos prodigamos con afán sediento,
cuánto amor en tus labios me ofreciste...
y hoy, en mi noche triste,
te esfumas en las ráfagas del viento!

Yo te miré partir en hora amarga,
y la pesada carga
que desde entonces por el mundo arrastro,
de mis insomnios en la sombra oscura
bañada en desventura,
sigue tenaz tu luctuoso rastro.
¡Ah, cuántas noches de dolor intenso
del horizonte inmenso
perdida en las tinieblas la mirada,
buscando en la extensión lóbrega y fría,
con estéril porfía,
el brillo de tu faz inmaculada...
¡Invierno misterioso de mi vida...
ya de mi amor perdida
la góndola en el mar de los pesares...
envuélveme en tu clámide de brumas,
cual de blancas espumas
al náufrago infeliz visten los mares.



COTE BRILLIANTE, MODELO DE ESCUELA PÚBLICA ELEMENTAL

LAS ESCUELAS DE SAINT LOUIS

Por Ramón Meza

I

SAINT LOUIS tiene instaladas sus escuelas públicas en muy hermosos edificios, como sucede en todas las ciudades norteamericanas, las cuales se hallan animadas de una generosa rivalidad para organizar la educación pública de la manera más perfecta posible. La mejor y más vasta escuela elemental de Saint Louis es la llamada Eugene Field: su costo ha sido de ciento cincuenta mil pesos. Es un edificio de ladrillo y piedra de tres pisos, con numerosas aulas. En el primer piso están los niños de seis á once años que comienzan por el Kindergarten, salón donde tienen, además de los objetos propios de esta enseñanza, cajones de tierra para la plantación y cultivo de vegetales, y arcilla para que modelen animales, vegetales, jarras y otras figuras sencillas, con prohibición absoluta de la figura humana. En el segundo piso, un salón para *Trabajo Manual* con unas quince ó veinte mesas de carpintería para niños, donde hacen muy reducido número de objetos de madera; y en el tercer piso, salones para dibujo á la aguada en papel mojado y seco,

con estudios rudimentarios de frutas, flores, paisajes y edificios; y para la clase de *Economía Doméstica*, cocina y costura á mano para las niñas.

La educación es, en esta escuela, lo mismo que en todas las de Saint Louis, en común: niños y niñas asisten indistintamente al asiento escolar. Durante los recreos son separados por sexos: cada escuela posee dos patios; y, como por lo general, tienen más terreno á su alrededor, sin fábricas, los niños se entretienen en cultivar un pequeño espacio.

No hay ninguna ley en el Estado de Missouri que obligue á los niños á asistir á las escuelas: la asistencia es voluntaria.

El número de niños matriculados en el año escolar de 1902 á 1903 fué ochenta y seis mil trescientos ochenta y cuatro: de éstos asistieron á las escuelas diurnas ochenta y dos mil cuatrocientos cincuenta y nueve, y cuatro mil veinticinco á las nocturnas.

Por grados escolares la división es como sigue: Kindergarten, nueve mil novecientos once; escuelas elementales, setenta y nueve mil dos-

cientos treinta y tres; High School, tres mil ciento ochenta y seis.

Por sexos: son niños, cuarenta y tres mil ciento ochenta y nueve; son niñas, cuarenta y tres mil ciento setenta y dos.

Las sesiones de clases son dos: de 9 á 12 y de 1.10 á 3.25 con intervalos de quince minutos para descanso. La sesión de los High Schools es de 9 á 2.30 con media hora para descanso.

A estas escuelas concurren niños de varias nacionalidades, muchos de los cuales van á ella á conocer el inglés, idioma que tampoco hablan sus familiares. En dos escuelas de la ciudad, de más de mil alumnos, la mayoría son hijos de judíos rusos y polacos. En otras escuelas predominan alemanes é irlandeses; hay no pocos bohemios y también italianos, sirios, árabes y chinos. Por este motivo la lectura y la conversación en inglés tienen lugar preferente en el trabajo diario escolar.

Las escuelas elementales de Saint Louis, como la de casi todas las demás ciudades y Estados de la Unión, se hallan divididas en ocho grados. Ingresan por el Kindergarten á los 6 y 7 años. Los tres primeros grados de la escuela, son llamados propiamente elementales; los cinco restantes forman lo que llaman *Grammar School*, en cuyo título no influye para nada el estudio de la gramática, como parece significar. A los 14 años pueden ingresar ya en el High School, de cuya organización me ocupé en anterior artículo. El diploma del High School abre las puertas de la Universidad.

Existen en Saint Louis ciento veintinueve edificios para las escuelas elementales. Uno de los problemas que tiene que resolver la Junta local de Educación es el incremento anual de la matrícula escolar. Durante los cuatro años últimos arrojó un promedio de mil quinientos cincuenta y cuatro niños; lo cual exige la construcción, por lo menos, de dos vastos edificios para escuelas cada año.

Además de la Eugene Field citada, existen otras escuelas de tan buena construcción y tanto costo como ella: Emerson, cuyo costo ha sido ciento cuarenta mil; Wyman, ciento cuarenta y cuatro mil; Sherman, ciento tres mil; Dozier, ciento treinta y ocho mil.

Sin embargo, el tipo de construcción que hoy recomienda la Junta Escolar no es el edificio de tres pisos, con cuatro aulas además de sus salones y corredores, sino edificios de dos pisos con ocho aulas y un vasto salón de Kindergarten anexo y capaz de acomodar mil alumnos. Las dimensiones de las aulas son veinticinco piés de ancho, treinta y tres de largo y catorce de altura, con capacidad cada una para cincuenta y cuatro niños, que tienen sus asientos y pupitres separados. Las escuelas nuevas se construyen por este modelo y se sitúan en espacios libres, de modo que el edificio esté rodeado de la mayor cantidad de terreno posible y jardines para el recreo de los alumnos.

Los maestros de Saint Louis son mil setecientos noventa y cinco. Cada escuela tiene un principal; un jefe de Auxiliares (*assistant*) y varios primeros y segundos auxiliares. El máximo de sueldo de un principal en escuelas de primera clase es de dos mil cuatrocientos pesos; el de los jefes de auxiliares, mil; primeros auxiliares, ochocientos; segundos auxiliares, setecientos. Todos los auxiliares de las escuelas de distritos son mujeres. Hay mil trece segundos auxiliares; ciento noventa y nueve primeros; cuarenta y nueve jefes de auxiliares. Los principales son: hombres cincuenta y cinco; mujeres, treinta y cinco.

La Junta de Educación recauda una contribución especial para las escuelas sobre impuestos generales, comercio, traspaso de propiedad, ferrocarriles, venta de libros de texto, matrícula del Kindergarten, además de una parte proporcional de las contribuciones del Estado.



EXPEDICION ANTARTICA

EL Dr. Drygalski dió recientemente una interesante conferencia en la Real Sociedad Geográfica de la Gran Bretaña, narrando algunos de los más importantes resultados de la exploración antártica alemana.

La expedición duró veintidós meses, de los cuales catorce se pasaron entre los hielos polares, diez en operaciones en los oceanos Atlántico é Indico y cuatro en algunas islas de dichos oceanos y en el Cabo.

El Dr. Drygalski dió cuenta de las investigaciones hechas en la vecindad de Kerguelen y Heard. En el primer punto, establecieron una pequeña estación para hacer observaciones magnéticas y meteorológicas en tanto estuvieran en aguas antárticas. Al abandonar aquellos lugares el gran desconocido se extendía ante los expedicionarios. Escogieron la ruta de Kerguelen, pues al Sur, entre los grados sesenta y cien Este de Greenwich, extendíase una región antártica, en la cual no se había hecho aun un avance decidido y en donde por consecuencia quedaban algunos problemas que resolver.

Dirigiéndose hacia el Sur, llegaron á la vista de una tierra desconocida, la cual seguramente no habían pisado aún pies humanos. Toda estaba cubierta de hielo. La costa misma formaba un alto muro

vertical de hielo. Desembarcar en aquella especie de barrera, era imposible, por las dificultades insuperables que se presentaban.

La expedición siguió la costa, hacia el Oeste, en la dirección de la tierra de Kemp. A los once meses de viaje, el buque no pudo continuar, por hallarse rodeado de hielos. Desde el punto central ocupado por el

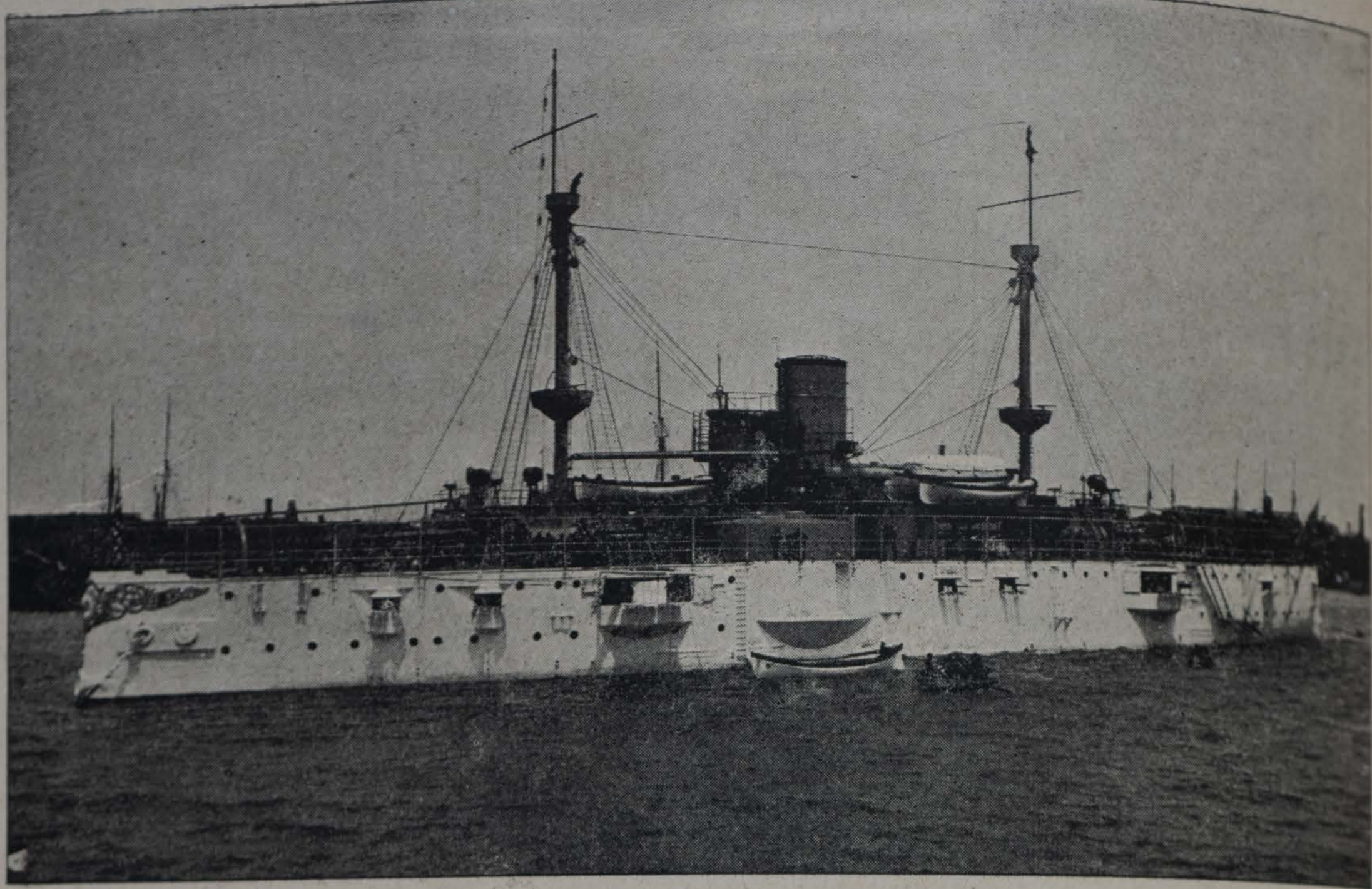


TIPOS DE ESQUIMALES

“Gauss” efectuáronse, durante cinco meses, varias expediciones en trineos, que sirvieron para que se hicieran importantes observaciones científicas.

Repentinamente, en Enero de 1903, los témpanos que aprisionaban el “Gauss” empezaron á moverse hacia el Norte, y el día 8 de Febrero, el buque vióse completamente libre.

Los resultados de la expedición podrán apreciarse debidamente una vez que se metodize y clasifique todo el material de colecciones y se publiquen las observaciones hechas.



EL "TEXAS," BUQUE DE GUERRA DE LA MARINA NORTE AMERICANA

EL ALMIRANTE CERVERA

QUÁLES fueron las responsabilidades del Almirante Cervera y Topete en la lamentable y loca aventura de Santiago de Cuba? Un escritor italiano, M. Santini, habiéndose encontrado cierta vez, por azar, en el mismo tren en que viajaba el almirante español, aprovechó la ocasión de celebrar con él una entrevista acerca de dicho asunto, la que describe en la revista italiana *Nuova Antología*.

Leyendo el escrito de M. Santini, se recibe la impresión de que todas las responsabilidades de aquel desastre naval, causa fueron de la impericia, la presunción y la apatía del gobierno español.

La escuadra del almirante Cervera se componía, como es sabido, de cuatro cruceros, insuficientemente armados y protegidos, con las agravantes de estar mal municionados y aprovisionados. En Cabo Verde debían esperarlo cuatro caza torpederos, encontrando sólo dos, que tuvo que llevar á remolque de los cruceros. En el mismo Cabo Verde, en vez de los aprovisionamientos

de toda especie que le habían ofrecido, sólo halló la orden de dirigirse, en las condiciones lamentables en que se encontraba, hacia Santiago de Cuba, no obstante saber el gobierno de Madrid que dicho puerto se hallaba bloqueado por la escuadra del Almirante Sampson.

El Almirante Cervera logró burlar la vigilancia de los buques americanos, entrando con su flota por la estrecha boca del puerto de Santiago. Era ya tiempo, pues sus buques se hallaban sin carbón y sin víveres. En Santiago esperaba rehacerse, pero allí, como en Cabo Verde, no encontró nada, absolutamente nada: todo se había consumido.

Imposibilitado de operar, propuso desembarcar sus cañones y dotaciones para aumentar las fuerzas de la defensa de la plaza. El general en jefe no sólo no aceptó el ofrecimiento, sino que le transmitió la orden de Madrid de que la escuadra se hiciera á la mar.....

Y no es necesario continuar. Ya se sabe el resultado.



¡ A M A !

Por Alberto Anillo

Eras muy niña aún!—En tu semblante
Radiaba apenas el fulgor de un astro,
Fulgor que enardecía á cada instante
De tus sienes el pálido alabastro.

Sin sospechar en su candor agravios
En rápidos temblores, indecisa,
Vagaba en el encaje de tus labios
El bosquejo fugaz de tu sonrisa.

No sé que melancólica dulzura
Su atracción espaciaba en tu mirada,
Que arrebatava al alma enamorada
A confidencias de íntima ternura.

Tu madre al contemplarte se embecía
De la esperanza en la visión radiante,
Viendo en tu faz errando todavía
Reflejos de la luz de lo distante.

Ya no eres la dorada mariposa
Que evidenciando sus brillantes galas
Posaba sobre el cáliz de una rosa
El fino terciopelo de sus alas.

Ahora tienes de Aspasia la belleza,
De Graziella gentil la donosura
En la extraña fusión de la tristeza
Con el terso esplendor de la hermosura.

¿Vibra acaso en el fondo de tu seno
De amor naciente inextinguible llama,
O con el vaso hasta los bordes lleno
Vas sonriente al altar que te reclama?

¿Por qué el fulgor á veces de tus ojos
En giros voluptuosos se dilata,
Y tu semblante encienden tintes rojos
Del subido color de la escarlata?

En vano del amor y sus halagos

Pretendes sustraerte,—La que abrasa
Con tanto hechizo en sus anhelos vagos
Subyuga á un alma por doquier que pasa.

Reina, pues, en la aurora, cuando tu eres
Su claridad mas diáfana!—Remonta
Tu alma á la inmensa altura—y no laceres
Al corazón que el infortunio afronta.

¿A qué acallar con aparente calma
La voz que entona amores virginales,
Si de hinojos el alma está elevando
Su plegaria en estrofas inmortales?

Si él es digno de tí, ¿por qué la pira
Intentas levantar del sacrificio?
¡Qué surja el alba mientras lenta espira
La bruma de la noche del suplicio!

.....

Ahora todo es azul.—Arco iris bellos,
Néctar bullendo en transparente vaso,
Y sembrado de vívidos destellos
Todo un cielo blanquísimo de raso.

Alba, sombra, romances y sospechas,
Trémulas melodías espirantes
De acordes, melancólicas endechas,
Entre suaves efluvios odorantes.

Luego vendrá la tarde. La agonía
Del misterioso y último momento,
En que termina el resplandor del día
En el azul confín del firmamento.

Y es cruel vivir sin el recuerdo amado
De una pasión y su vehemente exceso,
Sin sentir en los labios renovado
De un idilio de amor el primer beso!

EL MISTERIO DEL POETA ORSINI

EL LIBRERO inglés Macpherson, que á mediados del siglo dieciocho publicó unos versos, de los que era autor, atribuyéndolos al bardo céltico Ossian, ha encontrado un émulo en Italia.

En 1901, apareció llevando por firma el nombre de Marqués Giulio Orsini, un poema intitulado *Orpheus*, que mereció elogios apasionados y ataques feroces, según el temperamento de los críticos; pero, en presencia de un estilo tan vigoroso y "joven", todos saludaron en Orsini un poeta de gran porvenir.

Alentado por tan buena acogida, Orsini publicó el año pasado un volumen intitulado *Fra terra ed astri*, que reavivó los ataques y los entusiasmos de la primera obra. Todo el mundo hablaba del poeta audaz y sobre todo tan joven á juzgar por su estilo y por su misma audacia. Agotados los temas acerca de la obra, preocupóse la crítica

del autor. ¿Quién era éste? ¿qué edad tenía? ¿cuáles eran los rasgos de su cara? ¿cómo vestía? Esas cuestiones no obtenían satisfactorias respuestas, pues las contadas personalidades que conocían al poeta se negaban á toda información ó recurrían á evasivas.

El *Giornale d' Italia* se propuso, y al fin logró, despejar el misterio: el Marqués Giulio Orsini era un seudónimo, tras el cual se ocultaba el conde Domenico Guoli, director de la Biblioteca Víctor Emmanuel, de Roma. Ahora bien, el conde Guoli cuenta sesenta y cinco años cumplidos, y es un gran erudito, un funcionario modelo, pero en modo alguno joven, como su edad demuestra. Los señores críticos, empeñados en que el poeta Orsini no podía ser más que un joven audaz, han quedado chasqueados y probablemente no le perdonarán en lo sucesivo sus sesenta y cinco años.

GABRIEL REYES

Por Eusebio Guiteras

Novela cubana.--Ilustrada por la Srita. Emma Campuzano

(Continuación)

Adiós, don Gabriel,—repitió Marieta.

Gabriel, antes que con la voz, con un movimiento de la mano, puesto que de otra manera le fué imposible, contestó el saludo, y quedó como petrificado, viendo á aquella gente, que se iba, volviendo de cuando en cuando la cabeza para saludarle, y sin saber si lo que le pasaba era la realidad, ó una de aquellas quimeras que sin darse tregua forjaba en su acalorada fantasía.

CAPÍTULO XXXVIII

LA CASA MORTUORIA

Sin fuerzas ni voluntad para moverse, buscó Gabriel apoyo en las tongas de fardos que por allí había, y con la inmovilidad de una estatua permaneció largo espacio. No acertaba á darse cuenta de lo que pasaba, y mantenía fija la vista en el lugar por donde habían desaparecido los pasajeros del vapor, como si esperara verlos presentarse de nuevo. Su entendimiento era un caos: lo pasado, lo presente, lo porvenir, estaban como borrados, ó como amalgamados en confuso desorden. Unos cuantos robustos carretoneros africanos, desnudos de medio cuerpo arriba, mostrando la negra piel lustrosa y las protuberancias de sus recios músculos, se acercaron á él en ademán de cargar con los fardos; y su presencia le hizo estremecer.

—Con licencia, mi amo,—dijo el negro que parecía ser capitán de la cuadrilla.

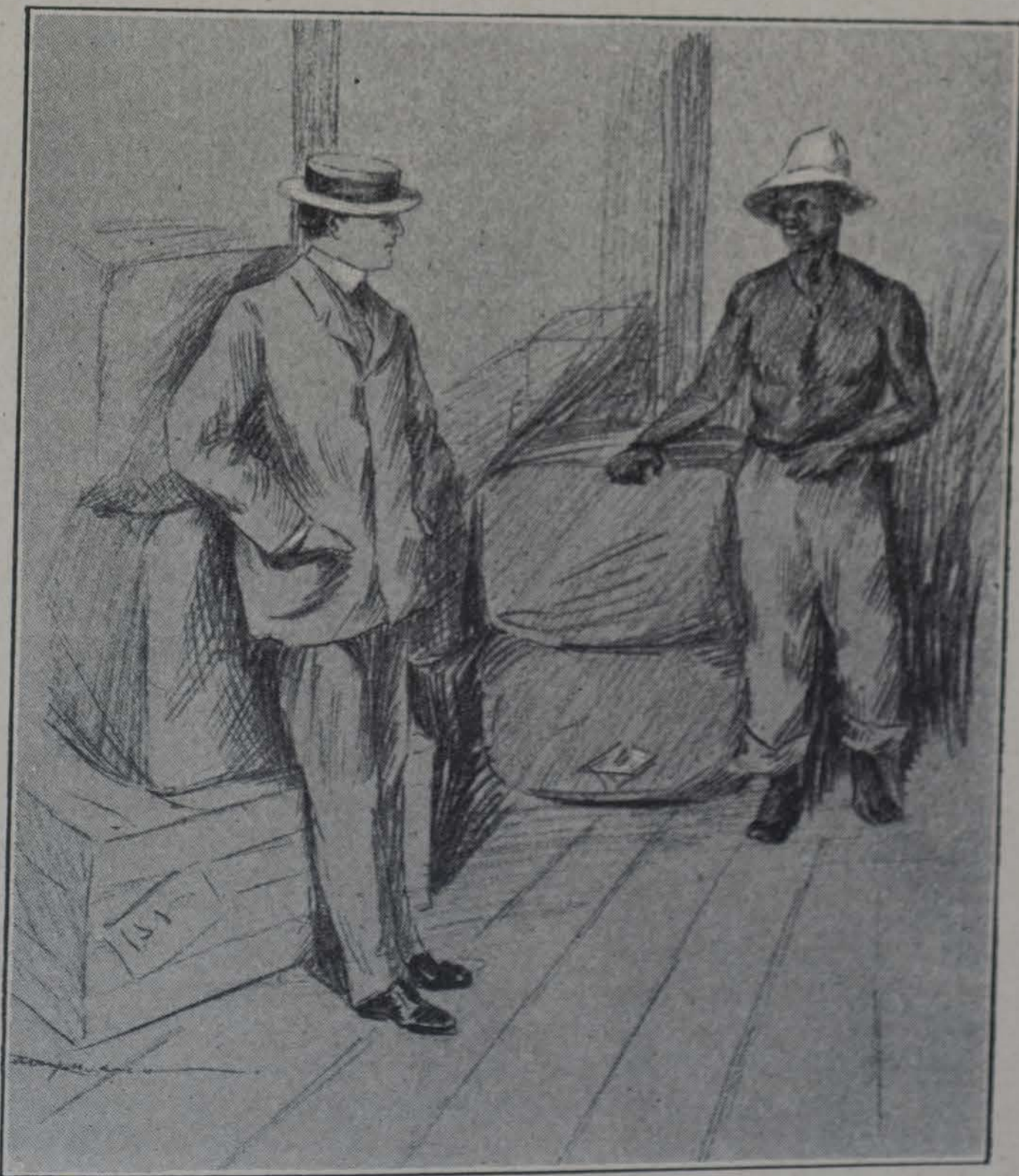
—¿Ha llegado ya el vapor?—preguntó Gabriel sin saber lo que decía, ni aguardar por la respuesta.

—¿La vapó, niño? La vapó llegá... ¡hum! ¿quién se cueda? Gente to, toíto, ta ne case nelle... Con licencia, niño,—dijo el negro, enseñando entre los amarrotados labios y las rojas encías los blancos, puntiagudos dientes, distintivo de la nación carabalí.

—¿Qué quieres?

—Carreta ta aguardando, mi amo... Con licencia, mi amo.

Todavía no comprendía Gabriel; pero, viendo al fin que los negros se disponían á echar abajo los fardos, dejando considerablemente para lo último aquel en que estaba él apoyado, se movió pesadamente; y sin conciencia de lo que hacía ni del lugar hacia donde iba, echó á andar, con las manos á la espalda, fijos los ojos en el suelo, dirigiéndose á uno de los caminos que arrancan de la población. Horas enteras vagó por él, sin notar que las nubes oscurecían el sol, y, cubriendo el cielo, impelidas por el recio viento, dejaban caer las frías lloviznas, precursoras de los nortes en nuestro clima. Dios sabe á dónde iría á parar el triste solitario, si no viniera acaso por el mismo camino, pero dirigiéndose á la ciudad en su cómodo quitrín, un caballero, el cual, observando á aquel joven bien vestido, expuesto



—Con licencia, mi amo,.....

á la inclemencia del temporal, hizo detener el carruaje, y le invitó para que entrase en él, en caso de que le fuese indiferente mudar de dirección. Séase que Gabriel comenzase á sentir la molestia de la lluvia y el viento, séase que, perdida la voluntad, se dejase llevar de la voz del que le hablaba, el caso es que, sin titubear un punto, puso el pie en el estribo y entró á ocupar el asiento vacante al lado del bondadoso transeunte. Éste, viendo que Gabriel estaba dominado por alguna grave aflicción, llevó la bondad hasta el extremo, plausible por cierto, de no compelerle con su conversación á romper el silencio.

Con la ayuda de dos buenos caballos, en pocos minutos desanduvo Gabriel lo andado.

—¿Dónde quiere usted apearse?—preguntó el caballero cuando estuvieron ya rodando por las calles de la población.

—Me es indiferente; en cualquier parte me puede usted dejar.

—No quisiera hacerlo así, pues la lluvia arrecia. Venga usted á mi casa, si no tiene punto fijo donde ir. No se me oculta que está usted agobiado por alguna gran amargura; y no está bien que yo le deje á usted de esa manera.

—Agradezco tanta bondad. Yo vivo en la casa de huéspedes de mistress Burke.

—Conozco la casa,—repuso el caballero; y dando la orden á su calesero, en breves momentos, estaban á la puerta, donde el bondadoso señor, estrechando la mano de Gabriel, se despidió, haciéndole muy corteses ofrecimientos.

Al entrar por el zaguán, lo primero que vió Gabriel fué la figura de Pepe Penique, repantigado en una butaca del comedor, leyendo un periódico que casi le cubría todo.

—¡Hola! ¿qué se ha hecho usted, compadre? ¡Caramba! está usted hecho una sopa. ¿Sabe usted lo que me ha sucedido hoy, amigo Ramírez? Estoy desesperado. ¿Puede usted creer que Manuel Felipe ha llegado en el vapor de la Habana con Mariquita y el taita, y yo no sabía nada? Ni palabra. Ya se ve, no me avisaron, ¿cómo iba yo á adivinar? Desde el muelle se fueron á la carrera al tren, y volaron. ¿No es esto para desesperarse un hombre? Vea usted, Ramírez, yo que siempre estoy en todas partes, sin otro pío que servir á mis amigos; y ahora vienen mis parientes mismos, y no me hallan en el muelle para recibirlos. Digo, y en el muelle, adonde voy yo cien veces al día. Y ¡viniendo de boda! ¡vaya! esto no tiene perdón de Dios. ¿Qué habrá dicho el viejo! De seguro que la primera vez que me vea, me echa una buena peluca. Y que la merezco, no hay por donde pasar. Pero no se contentará él con que yo le diga que debía de haberme puesto cuatro letras para que yo estuviese alerta. En fin, ya han venido, y ya se han ido, y nada remediamos con las lamentaciones de Jeremías. Dígame, Ramírez, ¿piensa usted quedarse con esa ropa mojada encima? Querrá usted hacerse ami-

go de los médicos y boticarios de Cárdenas. ¡Bien!..... pero usted parece que ha pisado hoy alguna mala yerba, amigo Ramírez.

Gabriel no decía palabra. Al entrar en el comedor, habíase acercado á una mesa, y reclinándose en ella con un pie en el suelo y el otro colgando, los brazos cruzados, estaba inmóvil, con los ojos clavados en aquel cuerpo que hablaba sin cesar. Al fin, en una pausa algo larga que hizo Pepe Penique, como despiertan los que van durmiendo en un coche cuando éste para, volvió Gabriel en sí; y poniéndose delante del oficioso amigo, le dijo:

—Trina, tengo que pedir á usted un favor, y es que no vuelva á llamarme Ramírez, porque no es ese mi nombre. Mi nombre es Gabriel Corsino.

—¡Corsino!—exclamó Pepe Penique, poniéndose en pie y haciendo las más ridículas contorsiones:—¿pariente del difunto señor conde?

—Hijo.

Diciendo así, Gabriel, con pasos precipitados, se entró en su aposento, mientras Pepe, abriendo tanta boca, le seguía con la vista sin chistar. Y no volvió á verle más, porque al día siguiente tomó Gabriel el tren; y encapotado como estaba desde la extraordinaria escena del muelle de Cárdenas, llegó á la caída de la tarde á la Habana. En la estación tomó un coche de alquiler, y fué en derechura á la casa mortuoria.

En la puerta principal, que no tenía sino el postigo abierto, estaba el portero entregado á sus meditaciones, sentado en una silla reclinada contra la pared del zaguán, y con las manos cruzadas detrás de la cabeza como para formar á ésta un apoyo no tan duro como el de la piedra. Era hombre ya de edad, envejecido en aquel zaguán y en aquella silla; del cual decían algunos que era un filósofo que se reía del mundo por el afán con que en él se vivía; otros que era una especie de cenobita con el zaguán por celda; y no faltaba quien sostuviese con plausibles razones que era un haragán de más de la marca.

En el momento en que Sánchez, que así se llamaba este fénix de los porteros, vió entrarse de sopetón un hombre por la puerta confiada á su vigilancia, levantóse haciendo crujir la medio desvencijada silla, y con un “¿Qué se le ofrece á usted?” salió al encuentro del reciénvenido, á quien no conoció de pronto, así por tener la vista un tanto cuanto cansada, como por el aspecto ceñudo de Gabriel, á quien había siempre visto vivo y alegre. Éste, sin contestar á la voz de aquel ¿quién vive?, continuó impávido á tomar la escalera, seguido de Sánchez, el cual, no bien le vió por detrás, le reconoció por el modo de andar; y, tirando de los pocos cabellos que le quedaban, comenzó á hacer las más absurdas exclamaciones, acompañadas de las más grotescas cortesías.

—¡El amo!..... soy un burro, y no le había conocido. Bien venido á esta su casa, don Gabrielillo.....quiero decir, señor conde. ¿Á

dónde va, si toda la casa está cerrada? No hay más que los criados..... ¡Julián! ¡María del Rosario! que aquí ha llegado el amo..... ¿No lo dije? la puerta de la escalera está cerrada, y María del Rosario guarda la llave..... Y ¿cómo está, señor? ¿ha estado enfermo?

—Y ¿la señora? —preguntó Gabriel, impaciente de verse detenido por una puerta de caoba maciza, que, al nivel del piso del entresuelo, interrumpía la comunicación con las piezas altas.

—La señora se fué para la Península pocos días después de la muerte del señor conde, que en paz descansa. Murió como un santo, don Gabriel, haciendo bien á todo el mundo. Pero ¿quién había de pensar? ¡vaya! ¿Dónde se habrá metido esa María del Rosario? Verdad es que, como la pobre negra es vieja, está más sorda que una tapia. Los viejos maldita la cosa para que servimos..... eso sí, somos fieles á los amos, que nos han mantenido toda la vida. Mejor será que vaya yo á llamarla. Con su permiso. Y luego iré á dar parte á don Cayetano.

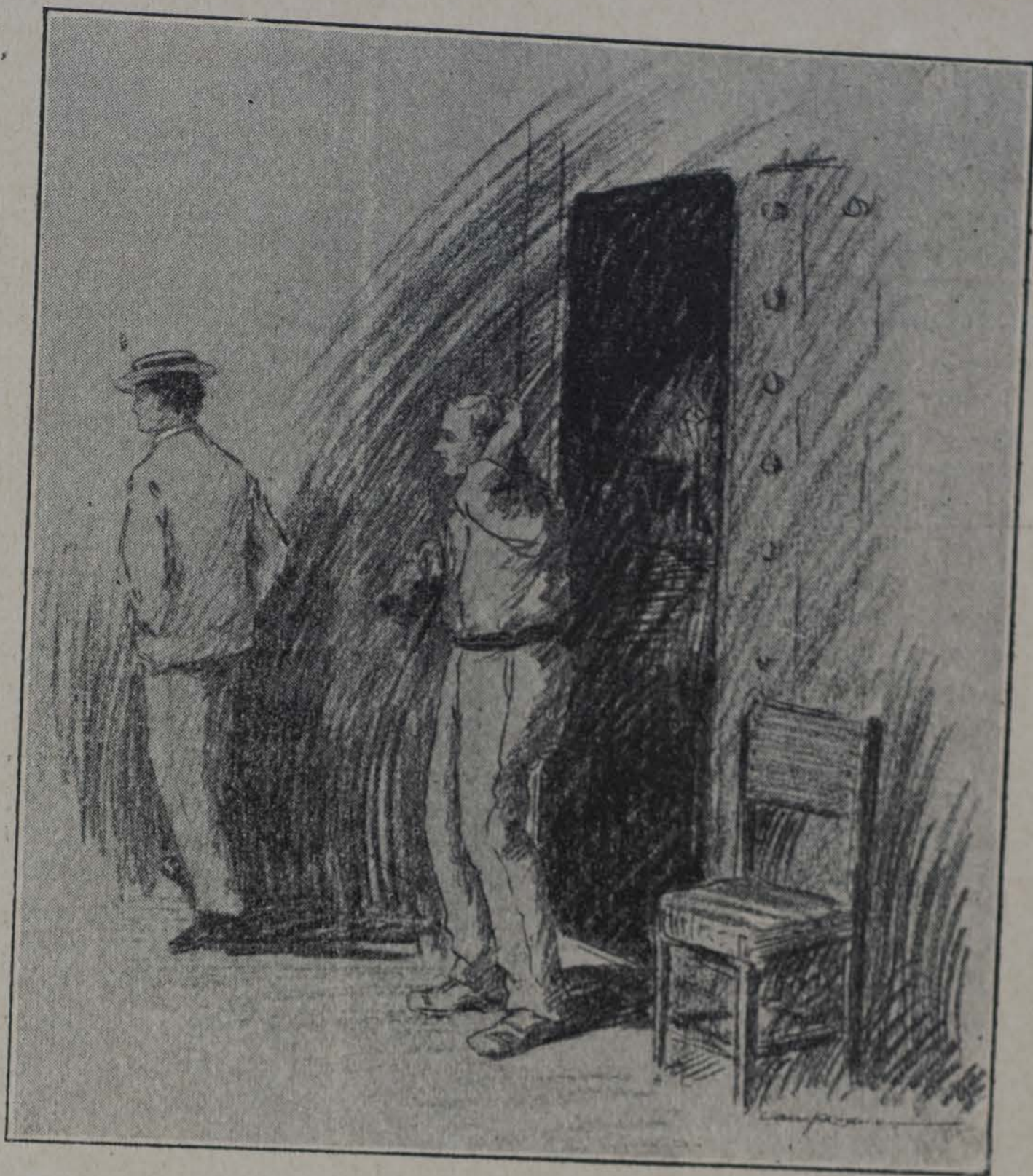
—Sí, Sánchez, vaya usted por María del Rosario, y que enciendan luces en el gabinete. Después siga usted cuidando de su puerta y no moleste á don Cayetano.

—Está bien: como usía mande,—contestó Sánchez; y bajó para atravesar el patio é internarse por las habitaciones del fondo de la casa.

Gabriel bajó también, y comenzó á dar paseos por el patio, haciendo resonar sus pisadas en la bóveda del aljibe. Pocos momentos después se vió rodeado, el que era ya su señor, de una turba numerosa de criados de ambos sexos y de todas edades, que le pedían la bendición y lamentaban al mismo tiempo la muerte de su antiguo amo. Esta escena, patética como era, no fué bastante para avivar en el corazón de Gabriel los sentimientos de cariñosa bondad que le eran ingénitos; antes al contrario, en la expresión mezclada de humildad y dolor de aquellos siervos, no vió sino las señales de sórdido interés. Con algunas palabras vacías de sentido, los despachó, repitiendo á la vieja María del Rosario, que por muchos años había sido la criada de confianza de la casa, la orden de preparar el gabinete.

—Sánchez,—dijo al mismo tiempo al portero, que con expresión un tanto asombrosa contemplaba la doméstica escena,—bueno será, como dijo usted, dar aviso á don Cayetano: mande usted á un criado.

—Sí, señor, como usía mande.



—¡El amo!..... soy un burro

Precedido de María del Rosario, á quien, aun más que los años, pesaban las carnes, volvió á subir las escaleras Gabriel, y penetró en las salas y aposentos del piso principal, que hacían más lóbregos y téticos las pocas luces que otros criados se apresuraban á encender. Los muebles estaban todos en su lugar; pero, aunque conservados con aseo, notábase en ellos esa especie de sequedad y deslucimiento que adquieren desde que, por algunos días, dejan de usarse; y hasta su misma escrupulosa y simétrica colocación indicaba su desuso y la soledad de aquel abandonado recinto. Los espejos, los cuadros, las arañas, los relojes de mesa, estaban cubiertos de paños blancos que en las sombras se señalaban como la celajería rota que dejan en pos de sí las tempestades. Olvidado en rincones apartados, veíase tal cual girón negro, franjeado de blanco, de las colgaduras con que se había vestido la casa el día del ostentoso funeral; y Gabriel, con la perspicacia de la susceptibilidad nerviosa que le señoreaba, notó en las baldosas de mármol de la sala, que en aquella ocasión había servido de capelardente, más de una gota de cera amarillenta, caída de los blandones.

Por fin, llegó al gabinete; y allí, con un ademán, despidió á la buena vieja, que sollozando levantaba las manos, pidiendo al cielo, ora el descanso del alma del difunto, ora próspero viaje para la señora, ora bendiciones para el nuevo amo. El gabinete se hallaba en el mismo estado en que Gabriel lo

había visto las dos veces que visitó á su padre. La poltrona en que éste se sentaba, el banquillo en que colocaba las piernas adoloridas, la mesa de cuya gaveta sacó el dinero que le había regalado; y donde se veían aun tiras de franela en que envolvía el conde aquella mano que Gabriel, por un impulso de cariño y agradecimiento, había respetuosamente besado, y que ahora, yerta, yacía en el sepulcro; todo lo notó Gabriel de una ojeada; y todo, aunque tocado por la muerte, parecía vivo. De pie en medio de la estancia, sin embargo, ni una lágrima rodaba por sus mejillas; y en su mente, junto con la memoria de los más insignificantes incidentes ocurridos en las visitas que allí había hecho, cruzábase, no menos vívida, la de otros que no tenían la menor conexión con aquella escena. Así, sin que él mismo



—¿Quién es mi madre? ¿dónde está?.....

podiera darse cuenta de la extraña incongruencia, persistía en pensar en el planetario de su antiguo maestro Paréntesis, en un espejo que de un pelotazo había roto en casa de las Muerdecueros con otras cosas á este tenor; y á la par de ellas asomaba, con el deseo de un fácil triunfo, la forma voluptuosa de Lucía. No, empero, la de Luz, la pura, etérea de Luz, y plácenos decirlo; porque nos hubiera sido doloroso en todo extremo consignar en esta verídica historia que en aquella hora infeliz en que era Gabriel ludibrio de una embriaguez moral, híbrida aborrecible de la soberbia y la descreencia, se alzase delante de él la púdica imagen de aquella virgen inocente.

El rumor de pasos acelerados le sacó de su enajenamiento; y aun antes de distinguirlos bien, conoció que eran los de don

Cayetano Rodríguez. ¿Venía solo? Sí, solo.

Las sagaces observaciones, que, según dijimos á su tiempo, hizo el licenciado Castells el día en que don Cástulo descubrió la residencia de Gabriel en las habitaciones de los estudiantes bayameses, habían hecho una profunda impresión en el ánimo del buen don Cayetano; así es que venía ahora preparado á hallar en el del que había sido su hijo adoptivo algo de hostilidad. Que esta consideración le dolía, no hay para que decirlo; pero con su índole naturalmente franca y afectuosa, esperaba mucho de un corazón blando que nunca antes había sido malleado por larga experiencia dolorosa; y confiaba asimismo en el respecto que su carácter imponía, tanto más cuanto que, por el testamento del difunto conde, estaba revestido de la doble autoridad de administrador de los bienes y curador de Gabriel, que no había llegado aún á la mayoría.

La recepción que le hizo Gabriel confirmó al punto sus temores. Con una mano descansando en el sillón vacío de su padre, no hizo demostración ninguna de acoger con agasajo al hombre encanecido en el servicio de su familia, al hombre honrado y fiel que de la mano le había llevado en la niñez y sido el director de su juventud.

—¿Quién es mi madre? ¿dónde está?—preguntó Gabriel con tono un tanto altanero, y sin que á la pregunta precediese frase alguna.

—Tu madre,—contestó don Cayetano con reposo, aunque con rostro inmutado,—es doña Belén Mendoza. Sus virtudes eran tales que piadosamente podemos creer está gozando de la eterna bienaventuranza.

Gabriel se llevó la mano al lado del corazón, respirando con anheloso afán, y no pudo proferir una palabra. Don Cayetano guardó también silencio

por algunos segundos; y adelantándose luego hacia el doliente joven, le puso la mano en el hombro, diciéndole con tono afectuoso:

—No creía yo que me recibirías, Gabriel, de una manera que tan poco tiene de amistosa..... pero no importa, tú siempre serás el mismo para mí, y tú en mí no hallarás cambio alguno. Puedes considerar lo que hemos padecido Marcela y yo con tu repentina desaparición

—Y yo ¿no he padecido? ¿Quiénes son los que han lacerado mi corazón, y me han puesto en el estado en que me veo? ¿Qué me importan ahora esta casa, el título, las riquezas? Todo me es indiferente. Una palabra en boca de usted ó de su esposa hubiera allanado todas las dificultades; y ustedes, antes que pronunciarla, me abandonaron á la desesperación.

—Así es, aunque no sin un gran dolor de parte mía; pero cuando el hombre de bien empeña su palabra, no tiene más arbitrio que cumplirla, máxime delante de la consideración de los graves daños que puede acarrear la falta de su cumplimiento. Yo tenía mi palabra empeñada con un hombre que, por la gratitud, era dueño de mi voluntad. He seguido, además, el consejo de persona prudente y autorizada; y si es verdad que mi proceder no se avenía con tu bienestar, también puedo asegurarte que estaba resuelto á sacrificarlo todo, cuando llegase la ocasión en que pareciese que debía de hacerlo, para ser justo contigo. Y lo hubiera hecho sin titubear entonces ni un momento, si Dios no hubiese dispuesto las cosas de tal modo, que, sin amargar más los pocos días que estaban reservados á tu desventurado padre, ha venido á descubrirse el secreto de tu nacimiento, poniéndote este descubrimiento en el pleno goce de todos tus derechos. Los sinsabores que á todos nos ha costado esto, Dios los sabe. Tú hablas en el sentido de que Marcela conocía el secreto; y en eso te equivocas, haciendo á tan buena mujer una evidente injusticia. Nada supo Marcela hasta el día en que se dió publicidad, por la última voluntad de tu padre, que en paz descansa, á lo pasado; y esta reserva, como puedes considerar, ha sido causa de disgustos que hubieran sido muy graves, si la índole de mi esposa fuera cavilosa, ó si no tuviera ella profundos sentimientos religiosos. Con todo, el saber yo que ella podía dudar de mi fidelidad, trayendo yo á mi casa, para criarlo, á un niño cuyo origen había de quedar sin explicación, ha sido una espina que no ha dejado de punzarme nunca. Obligados estábamos, tanto ella como yo, á derramar sobre tí todos los tesoros de nuestro amor; y esto hemos hecho; y lo hemos hecho, no tan sólo como un deber, sino con la buena voluntad de un verdadero placer. Hijo nuestro te llamábamos, como á hijo te amamos siempre, y como hijo te hubiéramos considerado, cuando nos hubiera llegado la hora de dejar este miserable mundo.

Gabriel, en tanto, nada decía, ni movía el cuerpo para apartar la mano que don Cayetano tenía puesta en sus hombros. Éste, después de breve rato de silencio, con la misma mano tomó la de Gabriel, y le llevó á un sofá que había en el testero del gabinete. Allí le hizo sentar; y colocándose á su lado, comenzó á hacerle la relación de los amores de su padre con la infortunada cuanto bella y virtuosa Belén Mendoza, su matrimonio y el fatal resultado de su primer parto. Pintó con los mejores colores que pudo, los ambiciosos planes del padre del conde y el carácter de la mujer con quien había tratado, y realizó al fin, el enlace del hijo; y después de darle los pormenores todos relativos á la muerte del conde con sus declaraciones y disposiciones testamentarias, le participó como la condesa doña Antonia, la cual, según estas últimas, que da-

ba dueña de una fortuna considerable, pasados los días de riguroso duelo, había salido para España con intención de fijar su residencia en Madrid, dejando un recado entre despechado y cortés para el joven que tan inesperadamente había venido á tomar el lugar del hijo en quien por tanto tiempo tuvo puestas sus altas miras de ambición y orgullo. Don Cayetano, con su natural franqueza, expresó claramente sus sospechas de que doña Antonia se había ido por no ver al primogénito de su marido; y esta era la verdad.

Adelantada estaba la noche cuando concluyó don Cayetano su relación, que escuchó Gabriel sin interrumpirle más que una vez para preguntar dónde estaba enterrada su madre y la inscripción que se había puesto en la lápida sepulcral, pregunta que aquel contestó, explicando que la desdichada condesa de Castelamar había sido sepultada como soltera, poniéndose en su tumba solamente el nombre y apellido.

Al concluir, se puso en pie don Cayetano, rogando afectuosamente á Gabriel que se recogiese y tratase de descansar, dándole esperanzas de que el tiempo le haría ver las cosas pasadas desde un punto de vista más favorable. Gabriel no respondió, pero con un impulso que no pudo contener, tendió la mano al anciano, que la estrechó, retirándose conmovido.

En efecto, necesitaba el acendrado manco de descanso. María del Rosario, no bien vió salir á don Cayetano, fué al gabinete á avisar á su nuevo amo que su cuarto estaba listo, y que, además, había preparado alguna cosa para que su merced no se recogiese sin tomar un bocado. Gabriel se dejó guiar por la buena vieja que no cesaba de hablar del difunto, y del padre del difunto y del niño Jenaro; y atravesando la tétrica estancia mortuoria y el elegante y lujoso aposento de la condesa, subió al tercer piso, elevado sólo sobre una parte de la planta de la casa, donde estaba el que se había destinado; y donde, después de tomar algún alimento, cayó rendido á la fuerza de profundo sueño.

CAPÍTULO XXXIX

EL RETRATO DE JENARO

Alto estaba ya el sol en el cielo cuando comenzó á moverse Gabriel en la cama, deseando sacudir la pereza del sueño, y dejándose á la vez fácilmente arrastrar por su influencia. En este estado intermedio entre el dormir y el despertar, aunque alguna vez abrió los ojos, no tuvo la voluntad suficiente para observar los objetos que le rodeaban; y sin duda, en aquel breve instante, imaginó que estaba en su antiguo cuarto de la calle del Empedrado; y que, como si nada hubiese pasado en las pocas últimas semanas, sentía á su nodriza Altagracia que venía á despertarle, tocando con la cucharilla en la taza del humeante café. En otro ins-

tante, no ya tan breve como el primero, abrazó con más conocimientos los objetos de que se veía circundado; y pudo notar que real y verdaderamente había otra persona con él en la estancia, y que esta persona, moviéndose de un lado á otro, hacía algún rumor. Su cuerpo, empero, estaba muy fatigado para poder soltar vigorosamente la invencible pereza, la abrumadora somnolencia. Aun cuando llegaba á abrir los ojos con alguna fijeza, hallábanse sus sentidos en un estado de confusión tan grande, que no pudo darse cuenta del lugar en que se encontraba, é imaginaba, ya ver á su antiguo amigo el cocinero Ambrosio llegar con la cantina del almuerzo, ya oyendo la dulce voz de Lucía cantando estribillos de niñera para entretenimiento de la vivaz Nel. La persona que andaba por el cuarto, oyendo que se movía, acercóse con tiento á la cama, recorriendo la colgadura de transparente muselina; y ésto aumentó por extremo la confusión de ideas de Gabriel, pues reconoció, de modo que no le quedaba duda, aunque le parecía una realidad improbable, á la mismísima Altagracia, con el rostro risueño y complaciente que recordaba desde que las imágenes habían empezado á grabarse en la memoria.

—¿Eres tú, Altagracia?

—¡Ay!..... pues ¿quién va á ser, niño Gabrielillo?—contestó Altagracia, exactamente con el mismo tono de voz con que siempre había hablado á Gabriel, sin que se pudiese advertir la menor diferencia con motivo de haberse transformado su hijo de leche en conde y ser poseedor de inmensas riquezas. Para Altagracia no podía ser Gabriel más de lo que siempre había sido, es decir, el joven más gallardo y mejor, en todo, que pisaba las calles de la Habana.

—Aquí está su negra vieja,—continuó la nodriza.—que parece que su merced no la quería ver más, como si yo le hubiera hecho algo á su merced..... V se va su merced sin decir: “Me voy, adios;” y la señora y el amo, y la vieja criandera se quedan como *alélaos*, llora que llora, mandando á decir misas á la Virgen de los Desamparados. Pero yo siempre decía dentro de mí: “El niño Gabrielillo va á volver otra vez á la querencia;” y mire su merced como fué verdad..... ¿Su merced ha estado malo, niño, que está tan amarillo y tan chupao? Lo bueno es que aquí está ahora su negra vieja para cuidarlo.

—Conque ¿eres tú?

—¡Vamos! ¡qué pregunta! ¿su merced está soñando?

—Pero ¿cómo estás tú aquí? Esta no es tu casa.

—Esta es la casa de su merced.

—Es verdad.

Al decir estas palabras, Gabriel lanzó un suspiro; y la figura del difunto conde se presentó tan vivamente en su imaginación, que, gritando ¡Padre! escondió el rostro en la almohada, haciendo estremecer el lecho con convulsivos sollozos.

—Vamos, niño, no se deje ir así. El señor se llevó al amo, ¿cómo va á ser? Ya no hay más que hacer sino rezar por él para que el Señor lo tenga en la gloria.

—Altagracia, no me has dicho todavía como es que estás en esta casa,—dijo Gabriel después de largo espacio de silencio, incorporándose en la cama y mirando en derredor con más serena expresión, en que á las claras mostraba que tenía completo conocimiento de su asombrosa mudanza.

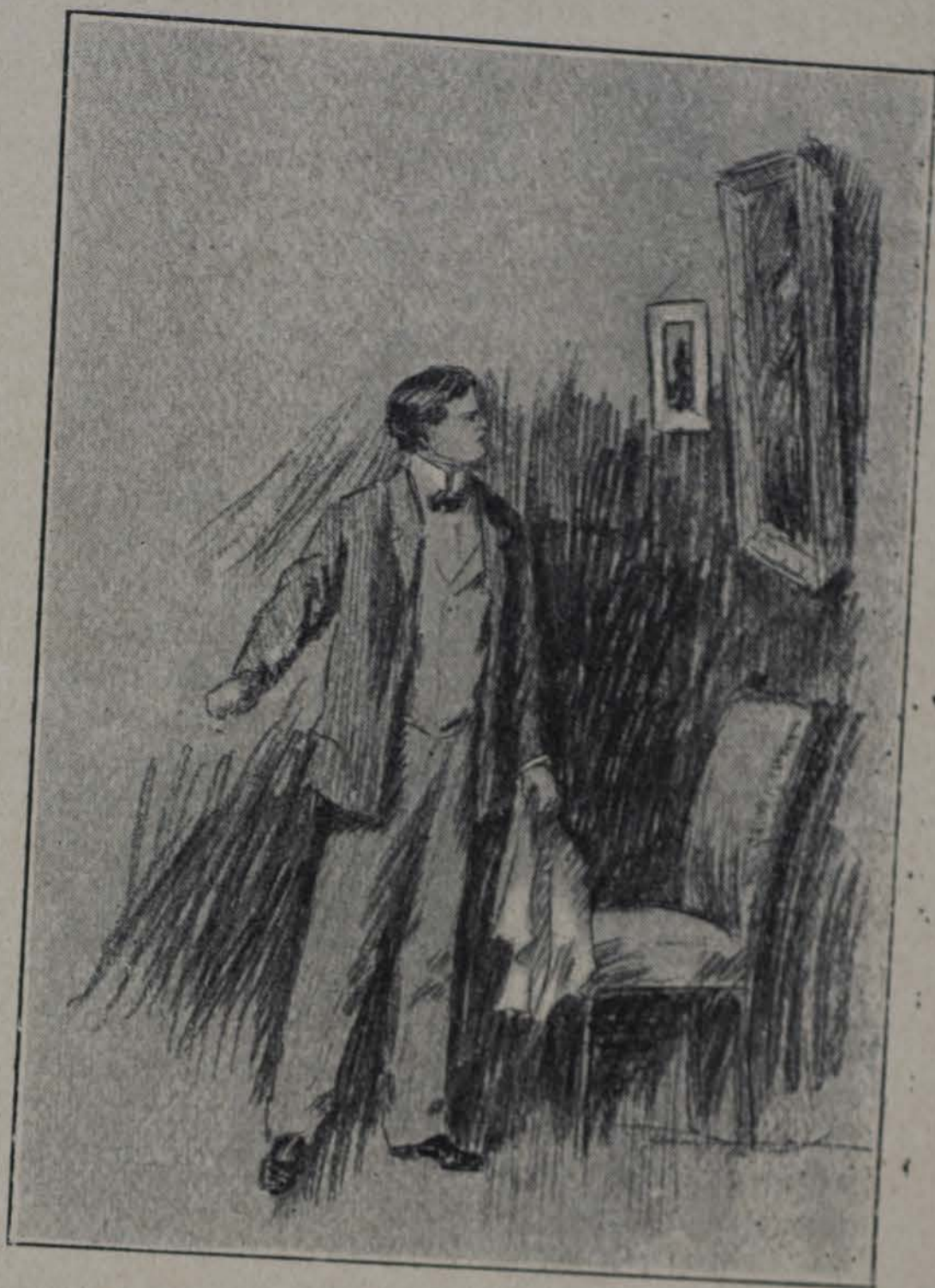
—La señora me mandó acá desde muy temprano para traerle á su merced algunas cosas que podían hacerle falta, y también porque creía que su merced tendría ganas de verme. La señora estaba muy afligida; y yo le decía que por qué lloraba ahora que el niño, que se había ido, estaba aquí otra vez.

La previsión de doña Marcela fué, cierto, de no poca utilidad; porque Gabriel había dejado su saco de noche en la casa de huéspedes de Cárdenas. Gracias á ella, pudo, después de hacer salir á Altagracia, encargándole que le trajese más tarde una taza de café, levantarse y vestirse, teniendo tenazmente presente, con toda su balumba, la noche que pasó en los cuartos del celeberrimo *monsieur Didier*.

Los que ocupaba ahora Gabriel se hallaban en las azoteas de la casa, y estaban amueblados con mucho gusto y ostentación, notándose en su adorno que habían sido sin duda aderezados para la recepción de un elegante. Al punto sospechó Gabriel la verdad; y era, en efecto, que doña Antonia quiso que, aunque el hijo Jenaro estaba ausente, tuviese en la casa una habitación dispuesta para él en particular: confirmóse en ello, viendo en el testero de la estancia inmediata á la en que había dormido, un cuadro, cubierto, como los demás, de un lienzo blanco, el cual resultó ser una excelente pintura al óleo, que representaba á un militar joven. Era el de su hermano Jenaro; y por tal le reconoció, sin vacilar, Gabriel con un estremecimiento de que él mismo se espantó; porque todavía no se había presentado por delante, como en aquel instante, el terrible espectro de la enorme injusticia que contra él se había cometido. No pensó en los caminos secretos pero seguros de una Providencia sabia y justa; no pensaba en que las alas de la muerte velaban aquella tétrica historia; no pensó en los avisos de la conciencia humana en el último instante de la vida; no pensó en sus propias imperfecciones. Nada advirtió, nada vió. Sólo la indignación y el rencor se agitaban en su alma, y de ella con tenaz porfía se enseñoreaban. Había que tomar una venganza; venganza completa, no sólo en causa propia, sino en la de la madre miserablemente ultrajada, olvidada en una tumba infame. “¡Venganza! sí ¡venganza!” exclamaba con temblorosos labios, teniendo en una mano el lienzo del fatal retrato, y levantando la otra con el puño cerrado. “¡Oh, Dios mío! y..... ¿de quién?..... Tuya

es la venganza, y tuya ha sido, Señor.”

Al cruzar este pensamiento por su mente, tornó á cubrir cuidadosamente el retrato, y volvió cabizbajo á la estancia donde había pasado la noche. A este tiempo entraba Altagracia con María del Rosario y un mulato que había sido ayuda de cámara del difunto conde; y estos últimos se apresuraron á hacer preguntas á su nuevo amo sobre su salud, y pedirle sus órdenes. Dióles algunas que los hicieron salir; y después de tomar el café, despidió también á Altagracia y bajó solo al piso principal, volviendo al gabinete de su padre. Era en aquella sazón el deseo de la soledad casi mórbido en Gabriel; mas se engañó mucho si llegó á pensar que podía aquel día dar satisfacción á aquel deseo. La noticia de su llegada á la Habana corrió como si hubiera sido comunicada por el telégrafo. Primero por los criados de la casa á sus vecinos y por don Cayetano á Marcela, y luego por aquellos á quienes los favorecidos encontraron al paso, y por ellos á otros y á otros, fué rápidamente extendiéndose la nueva, valiéndonos de una vulgar pero exacta comparación, como los círculos que en una tranquila laguna forman sus ondas, agitadas por una piedra dejada caer en su centro.



“¡Venganza!” sí “¡venganza!”

El primero que se presentó fué don Cayetano, que era precisamente el que Gabriel menos hubiera deseado ver, porque su presencia, si bien no en el mismo grado, despertaba los innobles sentimientos que habían conmovido su alma delante del retrato de su hermano Jenaro. Felizmente la índole de don Cayetano era á propósito para luchar con una aversión que tenía prevista, y lo que era aún mejor, luchaba sin advertirlo. Acontecíale, además, lo que á Altagracia. Para don Cayetano no ganaba más Gabriel con ser conde y rico; y estimábase ahora exactamente en el mismo grado que antes. Dirigiase, pues, á Gabriel con naturalidad, como lo había hecho siempre, sin que ni una palabra, ni un gesto indicasen que rendía respetuoso homenaje á la alta posición de su pupilo. Observando aquella mañana la reserva y encogimiento de Gabriel, cayó en la cuenta de que todavía no se habían disipado las nubes de la desconfianza y la suspicacia; mas no paró mientes en ello, y de buenas á primeras, sentándose en una silla junto á la mesa del gabinete, y frente á Gabriel, que ocupaba otra, sacó del bolsillo de la levita un legajo de papeles, cuidadosamente atado con uno de esos largos cordones rojos con que vienen asegurados los mazos de plumas de ave; y procedió á dar á su pupilo cuenta del estado en que se hallaban los trámites practicados, para lo que, en términos oficinescos, á veces antitéticos, se llama correr la testamentaria; y continuó luego con las ventas de azúcares y otros efectos de sus posesiones, gastos hechos desde la muerte de su padre, gastos por hacer, existencia en caja, etc., todo lo cual era muy satisfactorio.

—Porque, Gabriel, aunque yo soy el admi-

nistrador de los bienes testados, como que creo que tu puedes administrarlos, mi intención es dejarlo todo en tus manos, y hacer lo que tú dispongas,—dijo don Cayetano al concluir, dando una palmada en los papeles.

—En ningunas manos pueden estar mejor los negocios..... murmuró Gabriel con la entonación del que deja una frase por terminar; y era que titubeaba, sin saber cómo llamar á aquel hombre á quien siempre había llamado padre; y tan poderosa era esta incertidumbre, que, estando más de una vez para preguntar por doña Marcela, no lo hizo porque la misma causa le enredaba la lengua.

Así que don Cayetano dió fin á sus observaciones y advertencias, é hizo que Gabriel firmase ciertos papeles que reclamaban su anuencia legal, volvió á empaquetar con toda calma su legajo, y se puso en pie en ademán de marcharse.

—¿No se queda usted á almorzar conmigo...—dijo Gabriel, siempre con el mismo encogimiento.

—Y ¿qué dirá doña Marcela? Tú sabes que yo no acostumbro faltar de casa á los horas de comer,—contestó don Cayetano sonriendo.

—Se le mandará un recado.

—Y aún sin él, muchacho, aún sin él, por supuesto, que me quedaré á acompañarte. Ya ella lo supondrá, pues sabía que yo tenía que venir acá esta mañana.

—¿Está sola?

—Casi siempre está Eulalia con ella. Esa muchacha se ha portado con nosotros con una abnegación, que no podríamos pagar-

le sino haciendo otro tanto por ella; y esa es cosa que no podemos desear. ¿Sabes que se casó la Marieta con aquel Trina...

—Lo sé. Ellos fueron los que me dieron la noticia.....

—¡Es posible! Verdad es que no me han dicho.....

Gabriel, en pocas palabras, refirió el lance del encuentro en Cárdenas.

—Y pronto tendremos otra boda.

—¿La de Marcial?

—Con Eugenia. Están aguardando que vuelva Florencio Esperas. El pobre Florencio es el que ha llevado un chasco como una loma. Figúrate que allá conoció á una chica... creo que en Saratoga, sí, en Saratoga fué...elegantona, buena moza, en suma, la heroína de la temporada. El se enamoró de ella, y ella de él; y ya se empezaba á hablar de casorio, cuando cate usted que se averigua que la real moza, no era ni soltera, ni viuda, ni casada, sino divorciada. ¿Has visto cosa igual? Nosotros acá tendremos nuestras cosas, que en todas partes cuecen habas; pero esas son cosazas. Florencio se echó fuera con gentil talante, y, dando cuenta con mucha filosofía de su aventura, anuncia su próxima llegada.

—¡Pobre Florencio! ¡qué desengaño!

—Uno de tantos que se padecen en esta vida, hijo mío.

Mientras don Cayetano refería la aventura de Florencio, vinieron á avisar que el almuerzo estaba listo; y en la mesa el buen señor, ya con los negocios, ya con tal cual materia indiferente, hizo por hablárselo todo. Después del almuerzo recibió órdenes de Gabriel sobre lo que deseaba, una de las cuales fué mandar á preparar la nueva lápida que había de colocarse en la tumba de la sin ventura madre; y se fué con un simple "Hasta luego"

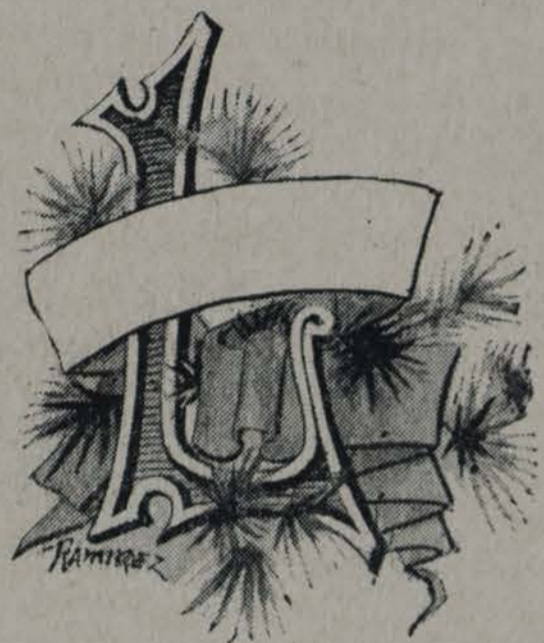
No bien hubo desaparecido don Cayetano, subieron los dos dependientes que en el escritorio, situado en el piso bajo, ayudaban á aquél en el manejo de los intereses de la familia; uno de ellos viejo ya, aunque fuerte, y el otro, mozo y enclenque. Venía con ellos el corredor de la casa, oficial retirado, con largo bigote entrecano y voz campanuda, que iba á vender una partida de azúcar como si fuera á un asalto, amenazaba al que no le cumplía la palabra con levantarle la tapa de los sesos; y decía de sí que nadie podría quitarle que hablase á Dios de tú y al capitán general por señas. Los tres venían á saludar al señor conde, y le dieron el debido tratamiento, que Gabriel recibió con aparente indiferencia. La sumisión de estos individuos, que, aunque honrados y laboriosos, eran solamente unos hombres asalariados, no produjo en su ánimo impresión ninguna: hizoles preguntas á troche y moche sobre todos los asuntos que estaban á su cuidado, y dióles á entender que no haría cambios en el personal del escritorio, conociendo, como conocía de antiguo, la aptitud

y buen comportamiento de sus actuales dependientes. Sastisfechos de la entrevista, retiráronse éstos; y no bien había cesado el rumor de sus pasos en los peldaños de la escalera, cuando se oyeron los precipitados de varias personas; y en un instante se vió Gabriel rodeado de numerosos amigos.

Tantos eran que tuvo que dejar el gabinete, pequeño ya para recibirlos, y pasó con ellos á la espaciosa sala. Dábanle algunos la mano, otros creíanse autorizados por un grado más alto de afecto para estrecharlo en sus brazos; y era de ver como unos y otros se hallaban en el mayor aprieto, titubeando con ridículo empeño en dar á la cara y á la palabra la expresión propia de aquel acto; porque, en resumidas cuentas; ¿era aquella una visita de pésame ó de enhorabuena? La casa estaba enlutada, es verdad; Gabriel, también es verdad, de entre la ropa que, por orden de doña Marcela, le trajo aquella mañana Altagracia, había escogido unos pantalones y un chaleco negros, que eran, por señas, los que tenía reservados para los bailes de etiqueta; y ellos y la levita del mismo color le proporcionaron el traje propio de las circunstancias. Pero, por otra parte, el duelo se había despedido en aquella misma sala, ya hacía días; el muerto, mientras no era muerto sino vivo, no había dado motivo para que el doliente tuviese un gran dolor; y, finalmente, éste, recorriendo de un salto la escala social, se había plantado en lo más alto de ella. Si podían aducirse razones en pro de la visita de pésame, no podían aducirse otras en contra de la visita de pláceme. De aquí el dilema, y de aquí las caras que parecían caricaturas, y de aquí las frases que eran pura mentira.

Un punto se presentaba, sin embargo, en que no era empresa de romanos conciliar tan contradictorios extremos, especie de terreno neutral, dentro de cuyos límites pudieron replegarse y sentirse firmes los amigos. Era éste el de la lisonja, que en más de uno tenía síntomas característicos de adulación, desembozada á veces, cubiertas otras hasta con la máscara de una franqueza un si es no es grosera; que de todos modos sabe y puede revestirse el emponzoñado dardo que perturba la razón de los grandes y el corazón de las hermosas. Entre la numerosa falange de amigos que visitaron al nuevo conde de Castelamar aquel memorable día, no hay que decir que se hallaban Marcial Codina, el señor de Aguirre y don Ildefonso Esperas, el cual iba acompañado de sus locos, llamando en este grupo la atención don Cástulo Comején, que, con motivo del hallazgo, se creía ya, por lo menos, pariente en décimoquinto grado de la familia. Esperas y Aguirre eran hombres de mundo y supieron poner las cosas en su punto en las nuevas relaciones con su amigo, así es que con ellos éste conversó con mucho agrado.

(Continuará)



A SUPLICA

POR

Isaac Alonso

Auras embalsamadas que en el estío
dulcemente adormidas echáis la siesta
sobre la fresca margen del manso río
ó entre la verde alfombra de la floresta:

Venid, venid aprisa; y en vuestras ondas
traédle á la que adoro con fe sagrada,
el fresco que tomasteis de entre las frondas
en el dulce transcurso de la alborada.

Volad cual vuela el ave del bosque al prado
cruzando de las ramas el bello encaje
por buscar alimentos al hijo amado
que piando la espera sobre el ramaje.

Y haced que vuestras leves, etéreas alas,
de mi adorada besen el bello rostro;
y que humildes se postren ante sus galas
de la misma manera que yo me postro.

Pues ella agradecida, con mil excesos
ha de saber pagaros vuestras caricias
dándoos,—por vuestros suaves y dulces besos,—
los besos y las mieles de sus primicias.

EL INFLUJO DEL PASADO

Por Joaquín Pérez Figueredo

ENLAZADA en pasional abrazo, la joven pareja caminaba hacia el centro de la plaza. Cerca de ellos, como el hada benéfica de sus delirios, sintiendo quizás la enardeciente nostalgia del cariño, la amiga complaciente los seguía en su distraído avance por el blanco enarenado de la avenida diagonal de la plazoleta, donde la alfombra del césped lucía como una filigrana argentada.

Comenzando la calle que ellos debían seguir, hacia un extremo de la plaza, mostrando la negrura de sus ladrillos desnudos, se alzaban los muros ruinosos de un antiguo edificio, enseñando la miseria de sus grietas. Algo así como un hálito de suprema y dolorosa melancolía, parecía surgir de aquellas ruinas, alumbradas pálidamente por la luna, sumidas en el misterio nocturno. Al pasar frente á ellas, el amado sintió un profundo estremecimiento; un dolor vago é invencible le invadía, y no podía sustraerse al deseo de una fuga, en su ansia de estar solo..... Soltóse de las manos de su novia, pero ella, agitada y medrosa, estrechó de nuevo las manos de él, preguntando anhelosa:

—¿Qué tienes?

La amiga se les unió. Había notado la agitación de él y le interrogaba:

—¿Te pasa algo?

Él, siniestro, alzando la cabeza, dijo sombrío y doliente:

—¡Le temo al pasado!

Algo así como un tintineo de campanillas de cristal al paso de la brisa por un jardín chino, simuló la argentina carcajada de la novia. La amiga se quedó pensativa. El

amante, medio violento, exclamó:
—¡Te burlas de mi dolor! ¡Eres muy cruel!

La amada se tornó melancólica. Dijo:

—¡Perdóname! No creí que fuera tan profundo tu dolor. Tu sabes

“que á veces las aves cantan porque no saben llorar.”

Yo soy una loca..... No sé llorar, pero temo que me hagas aprender... Pero ¿por qué sufres, tú que me dijiste que á mi lado hallabas la suprema alegría?

—Debieras estar alegre,—insinuó la amiga.

—Ustedes no saben el infierno que llevo en mi cerebro..... ¡Qué doloroso es pensar! Debiera estar alegre y estoy triste..... ¿Recuerdan ustedes mis versos?

“Es ley que junto al placer, cuando se goce su halago, se sienta el odioso amago del horrible padecer.”

Quedaron silenciosos. Habían llegado al final de la calle. Ahora se paseaban en los alrededores de un parque. Bajo la mirada indulgente de la amiga, la pareja de amantes discurría, silenciosa, bajo las copas de los álamos de hojas de plata. A lo lejos, como una ficción de la neblina, se esfumaba la blancura de un campanario, surgiendo por encima de las techumbres de los edificios del pueblo, como una ficción de la neblina ó un encanto de gasa eucarística.

Al pie de un árbol, distinguieron un banco de madera. Ella le invitó á sentarse, aceptó él, y la amiga los imitó. El amante tomó entre las suyas una mano de su novia, para cubrirla de besos..... En tanto, la miraba extasiado, loco, lejos, muy lejos del mundo, en viaje hacia el

mágico país del ensueño..... Ella le miró fijamente. Miró furtivamente á la amiga, que fingía contemplar la maravilla del cielo estrellado. La novia estrechó contra su pecho al amado, hizo que en su seno descansara su cabeza y con la seda de sus manos le acarició el rostro, haciendo luego discurrir sus dedos por los rizos de la cabellera de él, que se sentía diluir en un deleite supremo y enervante..... A media voz, recitaba el final de un poema suyo, hecho el día anterior:

"En tanto que su vista me electriza
y enamora su encanto soberano,
siento el dulce contacto de su mano,
entre mi negra cabellera riza."

Luego, mirándola, descansando aún la cabeza sobre su seno, improvisó lentamente, con voz acariciadora:

"Son tus ojos como lagos
de gracia y de seducción,
que en ondulantes halagos,
cual sortilegios de magos,
en mí encienden la pasión."

De súbito, la amiga le volvió al mundo real.

—¡Bueno, señor poeta! Celebro que la melodía suceda á la neurosis melodramática.

Él se irguió de repente. Una nube de tristeza cubrió su cara. Buscó frases y no pudo emitir un sonido. La amante le tomó una mano y él la rechazó. Ella quedó humillada, sufriente.

—¿Ves? ¡Me has enseñado á llorar! ¿Díme lo que sientes? ¿Díme por qué sufres?

—¡Ay, corazón mío! Repito lo que te dije: *le temo al pasado*. Cuando pienso que has vivido y gozado lejos de mí, como un lindo pájaro en libertad, me asalta una profunda tristeza. Quisiera saber como ha sido tu vida en esos países donde las mujeres gozan de tan completa independencia.... Me citas nombres de adoradores tuyos y no sé si has querido á alguno.... Me cuentas escenas de goces sencillos, pero no sé si tus narraciones me ocultan algo..... Quisiera leer en tu pensamiento como en una crónica fiel.....

Anhelo saber si lejos de nuestro país no ha quedado un jirón de tu alma, si tu inocencia de cándida paloma llegó intáctil al santuario de mi cariño.....

Él hablaba con vehemencia, comunicando á sus frases el doloroso sentimiento que le torturaba. Las dos mujeres se miraban con extrañeza, sufriendo, ansiosas de conjurar el peligro.

Pálido el rostro, estremecida, habló la amada. Sus primeras palabras sonaron como lamentos, ténues, medrosas, tristes como el vuelo de los pétalos de una rosa, esparcidos por el furor del viento en el otoño.

—¡Me has enseñado á llorar!..... Eres cruel. ¿No me prometieron tus versos un mundo de perpétua dicha?..... ¡El mundo se desvanece al influjo del horror que el pasado te inspira! Y no hay razón para que eso acontezca. Mi franqueza te inspira desconfianza: ves en ella un signo de la mujer que ha viajado y vivido mucho..... Y eso sucede, porque mi vida intelectual ha sido demasiado intensa..... Es verdad que lejos de tí viví esa vida de pájaro alegre y libre, que te asusta..... Pero fuí como la golondrina..... Me aturdí volando y cantando, pero no olvidé que debía ser pronta mi vuelta, y no hice caso de los adoradores que á mi paso quemaban incienso. He llegado al santuario de tu cariño como una flor de pureza. La cándida paloma de tus sueños, puede decir con orgullo:

"Hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan: ¡mi plumaje es de esos!"

Al recitar los versos, calló. Él la miraba conmovido. No se atrevía á hablarla. En aquellos instantes se sentía lejos de ella. La morbosa influencia del pasado le habían envenenado el alma y como un celaje de horror nublaba el astro de su dicha.

La amiga dijo que era hora de retirarse. Emprendieron el camino hacia la casa de la novia, silencio-

sos, dolientes, como si sintieran la necesidad de estar solos.

La amada, á poco de haber abandonado el parque, le dijo á su amante con un gesto de reproche:

—Ya que tanto me martirizas, respóndeme: ¿no has amado á nadie más que á mí? Eres un egoísta, pero tu egoísmo, por ser de amor, es perdonable, y lo perdono, con tal que me quieras mucho, mucho, como yo te quiero.....

Él la abrazó, conmovido. Enlazados siguieron, besándose á cada momento, arrepentido él de haber sido causa de martirio..... Llegaban á la casa de la novia, la separación se imponía; y al despedirse, él le alargó su diestra, que ella tomó entre sus dos manos, apretándolas, en un exceso de cariñosa fuerza. En sus grandes ojos claros fulgió una lágrima, con brillo de líquida perla, cuando él le dijo:

—¡Adios! Voy á cerrar los ojos, para guardar en ellos la hermosura de tu imagen querida. ¡Te quiero más que nunca!

Las dos mujeres se alejaron con lentitud. Ahora la amiga se desquitaba de su silencio y la novia contestaba distraídamente, deteniéndose á cada instante, para mirar al joven que había vuelto los ojos, codicioso de contemplarla.

Las mujeres llegaron. Un pañuelo blanco se agitó en una puerta, al extremo de una mano pequeña. El amante, loco, corrió hacia la blanca manecita, para rendirle el homenaje de un beso. Unos goznes chirriaron. Una franja de luz se borró de la sombra que proyectaban las paredes de los edificios. El amante se detuvo ante una puerta muda, silente. El postigo de una ventana se abrió un instante, y una flor cayó á los pies del joven, que la recogió, para darle aquel beso que había destinado á la mano diminuta y blanca.

Pensativo se alejó. Un mundo de encontrados pensamientos llevaba en el cerebro. Le costaba trabajo orientarse en la confusión de aquella noche, vivida tan intensamente, bajo la influencia de fuerzas que diferían como los polos, como el agua y el fuego, como las flores y las espinas..... Y en su mente, como un espectro cruel, tenaz y burlón, de nuevo surgía el pensamiento que le hiciera confesar que tenía miedo del pasado, y volvía á reconstruir el doloroso encanto de aquella noche, al hallarse de nuevo sobre el blanco enarenado de la avenida diagonal de la plazoleta, donde la alfombra del césped lucía como una filigrana argentada.

MARINA

POR MANUEL FERNÁNDEZ VALFÉS

¡Qué sereno está el mar!
¡Qué deliciosa mañana!
¡Y cómo rozan las ondas
las gaviotas con sus alas!

Nítido collar de espumas
borda á capricho la playa,
y el suave rumor remeda
dulce música lejana.

Al blando impulso del céfiro,
argentada huella marca
la ligera navecilla
que surca airosa las aguas.

El sol con sus rayos de oro
la distante bruma rasga,
y en la superficie undosa

el cielo su azul retrata.

De horrisona tempestad
ningún presagio amenaza:
no cruza el espacio el rayo,
ni el viento á lo lejos brama.

Todo es luz, paz, armonía,
extasiadora bonanza.

Emoción intensa y pura
de bienestar nos halaga.

En esa contemplación
el espíritu se embriaga,
y, como por arte mágico,
surge en la conciencia humana
la tranquilidad del justo,
la sonrisa de la infancia.



ENSUEÑO

GABRIEL TARDE

Por el Dr. F. Ortiz Fernández

EL 15 DE MAYO último moría en París uno de los primeros sociólogos contemporáneos, Gabriel Tarde, á la edad de sesenta y dos años.

Había nacido en Garlat, (Dordogne), y comenzó su carrera siendo nombrado juez de dicha población, cargo que no abandonó hasta que fué nombrado profesor del *College de France* y director de la estadística criminal en el Ministerio de Justicia.

Su obra sociológica es más intensa que extensa y sobre todo original. Es su obra principal, en la que tradujo su concepto de la sociedad, *Les lois de la imitation*.

En el campo criminológico ha deducido preciosas consecuencias de sus ideas generales, en sus obras *La philosophie penale* y *La criminalité comparée*, amén de numerosas monografías é informes á diversos congresos científicos. Desde este último punto de vista conquistó una perfecta autonomía respecto á la escuela antropológica italiana acaudillada por Lombroso y Ferri, con los cuales sostuvo encarnizadas polémicas. Junto con Lacassagne dirigió los *Archives d' Anthropologie Criminelle*, enemigo ciertamente más temible del *Archivio di Trichiatria* lombrosiano, que la clásica *Revista Penale de Lucchini*.

Su modo de pensar en sociología gira alrededor de tres leyes por él afirmadas y aplicadas: de la *imitación-repetición* de los fenómenos, de la *oposición* y de la *adaptación* de los mismos (*Les lois sociales*;) siendo de los primeros enemigos que tuvo la escuela *analogía-orgánica* de H. Spencer.

Tarde como criminólogo era ante todo determinista y partía, por lo tanto, del mismo concepto moderno que los criminalistas italianos.

Basa la responsabilidad penal en la *identidad personal* y la *identidad social*. Para que un individuo sea tenido como responsable es preciso: primero, que sea considerado *él mismo* en el momento de delinquir y en el de ser juzgado, es decir, que el hecho se atribuya á él y no á circunstancias exteriores á su personalidad, y segundo, que se juzgue como perteneciente á la *misma sociedad* en que ha causado el daño y en que ha de ser proclamado responsable. Sobre esta base desarrolla Tarde sus teorías penales. Vayan unos ejemplos. El hipnotizado no es responsable por falta de *identidad personal*, porque no es *él mismo* quien obra, sino *él* influenciado por un elemento que le es ajeno; los crímenes de una horda en el territorio de otra no producían responsabilidad por falta de *identidad social*. En cambio se ha agravado siempre la responsabilidad en el caso de flagrante delito por una mayor intensidad de la *identidad personal*; lo mismo que el parricidio, conyugicidio, etc., por la mayor evidencia de la *identidad social*, que va gradualmente debilitándose á partir del núcleo social familiar.

La obra criminalista de Tarde es más bien crítica, negativa, que de construcción; pero la originalidad y profundidad de sus observaciones, su prodigioso espíritu sintético que le permitía condensar en una frase todo un sistema de ideas, á la vez que la fe ardiente con que unguía sus escritos, y sobre todo los entusiasmos constantes por la afirmación positiva de los fulgores de la civilización latina y sus gratos augurios en ese aspecto, le hacían pensar grandemente en la marcha de la ciencia sociológica, en cuyo templo se destacaba su figura con la majestad de un pontífice.

NOTAS Y NOTICIAS

Por Fructidor

TENGO el gusto de presentarles á la distinguida Sra. Miko-mika, una linda japonesita que durante breves días honró con su presencia á la capital de la Gran Antilla.

Fuí de los contadísimos mortales que tuvieron el placer de ser presentado á la bella hija del batallador Japón, y como es natural, aproveché la ocasión para hacerle algunas preguntas respecto de la guerra y de las costumbres de su país, acabando por pedirle su opinión acerca de Cuba.

—Después del Japón, Cuba—me respondió.

—Justo,—agregué,—y después de Cuba, el cielo.

Se sonrió, abultando así aún más sus frescas y carnosas mejillas, cerrando sus ojillos picarescos y arrufando las ventanas de la arremangada naricilla.

Estaba simpática la distinguida Miko-mika. Indudablemente su rostro copiaba fielmente el ideal japonés de la belleza femenina.

—¿Y qué le parecen las cubanas?—volví á preguntarle.

—¡Oh, las cubanas son muy hermosas, aunque lo serían más si tuvieran los ojos...

—Así, como las japonesas, ¿verdad?—interrumpí.

—Precisamente. ¿Se ha fijado usted en la belleza de nuestros ojos?

—Me basta con tener delante los ojos de usted, que parecen dos ideales almendras azucaradas.

A mi lisonja, volvió á sonreír Miko-mika, enseñando sus dientes blancos, menuditos y apretados.

La insinuación de la japonesita, me ha puesto en un mar de dudas.

¿Cuáles son los ojos más lindos, los de las cubanas ó los de las japonesas?

Aquí, en secreto, y sin que se entere la linda Miko-mika, le diré á ustedes que en cuestión de ojos, no me siento japonés.

Me atengo á los ojos de las cubanas... y de las rusas.

La noticia está confirmada. En Octubre, tendremos á la Rajane, la gran actriz francesa, en el *Teatro Nacional*.

¡Qué temporada teatral que se prepara!

Primero, la Rajane, después, la Vitaliani y para postres, ópera italiana.

Pedir más, en estas latitudes, sería gollería.

Los conciertos populares de *Martí* siguen obteniendo el favor del público.

Favor merecido, pues que los precios son económicos, los ejecutantes buenos y la música que se oye excelente. Por añadidura, el teatro fresco, y al tiempo que se recrea el oído, gozan los ojos contemplando las arrogantes mozas que llenan los palcos y platea.

En el concierto del domingo pasado, segundo de la serie, oímos por primera vez *El Canto del Escla-*

vo, de Espadero, que la orquesta ejecutó con amor y esmero. Es una pieza musical muy sentida, que interpreta con acierto los diversos estados de alma del esclavo, ya triste, ya humilde ó bravía, deseosa siempre de romper las cadenas que le subyugan.

Las fantasías de *Carmen* y *La Bohemia* y la *Serenata de Mandolinas*, tuvieron que repetirse para acallar los aplausos entusiastas del público.



LAOCOONTE, GRUPO DEL MUSEO DEL VATICANO, ROMA

Hemos tenido el gusto de saludar en esta redacción al Sr. José J. Villa, poeta matancero bien conocido de los lectores, que han tenido ocasión de leer en estas columnas muchas composiciones inéditas de nuestro estimado colaborador.

El Sr. Villa solo estuvo breves días en la Habana. Llégale hoy hasta Matanzas la expresión de nuestro afecto.

* * *

Otro amigo á quien hemos estrechado la mano: Aurelio Melero, el laborioso artista, que ha vuelto á la patria después de un fructífero viaje por las principales capitales de los Estados Unidos.

Para bien del arte, vuelve con nuevas energías y mucho entusiasmo.

* * *

Una nota *tristona*.

El Círculo de Bellas Artes ha fallecido de anemia.

Su vida fué breve, ¡ay! tan breve, que el pobrecito no logró ver tres primaveras.

Y fué mucho vivir, después de todo.

¡Un Círculo artístico en la Habana! Vamos, si es para reirse del atrevimiento de los cuatro ilusos que se empeñaban en sostenerlo.

Arte, arte... ¿y para qué sirve el arte? La política absorbe casi todo nuestro tiempo, y el poco que nos queda libre, debemos dedicarlo á los problemas agrícolas é industriales.

Así lo creen las personas serias, sabias y respetables.

No es, pues, de extrañar la prematura defunción del Círculo de Bellas Artes, que ni siquiera contaba la protección de la mayoría de los artistas.

* * *

A últimos del pasado Junio efectuóse en Amsterdam, Holanda, un Congreso antimilitarista, al que asistieron representaciones de Francia, Inglaterra, España, Suiza, Bélgica, Austria, Hungría, Holanda, Portugal y Dinamarca.

Todos los delegados condenaron enérgicamente la guerra por inhumana y denunciaron la existencia del militarismo por inmoral y tiránico.

Acordóse la creación de una Asociación Internacional Antimilitarista, cuyo objetivo será hacer propaganda constante contra el mantenimiento de los ejércitos.

La Asociación Internacional Antimilitarista se regirá por los Comités regionales, pero tendrá además un Comité general cuyos miembros establecerán su residencia fija en Amsterdam.

El Comité general redactará, en diversos idiomas, un manifiesto dirigido á los gobiernos, pidiendo á éstos declaren sus intenciones sobre el militarismo, cuyas cargas son cada día más abrumadoras.

El segundo Congreso se celebrará en Oxford en Junio de 1905.

Para terminar dentro de este mes la preciosa novela cubana "Gabriel Reyes", desde este número aparecerán ocho planas dedicadas á la misma.

* * *

En este número aparece una bellísima página, "Ensueño", obra delicada de la malograda y para nosotros inolvidable Emma Campuzano.

* * *

Próximamente contará Inglaterra, en su ya poderosísima y no igualada armada, un nuevo tipo de buque de guerra, del que se esperan excelentes resultados.

Este nuevo buque, cuyo casco acaba de ser botado al agua en Pembroke, es una combinación del acorazado y del crucero, poseyendo las más prominentes cualidades de ambos, siendo mayor y mejor armado que los modernos cruceros y en muchos respectos semejante á un acorazado.

El armamento es formidable, comprendiendo seis cañones de 9.2 pulgadas, diez de 6 y veintiocho pequeños cañones de tiro rápido. Tiene, en la parte sumergida, tres tubos lanzatorpedos.

La velocidad máxima del buque será de 22.33 nudos por hora.

Este nuevo tipo de "crucero acorazado", como se le llama, costará, una vez completado, \$5.659.410.

* * *

Ya saben nuestros lectores que el Czar de todas las Rusias, Nicolás II, está contentísimo con motivo de haberle dado la Czarina un sucesor al trono; alegría de padre que en parte le compensa de los sinsabores de los reveses sufridos por sus ejércitos.

Lo que no saben es que el Czar ha decidido que tan pronto el príncipe esté en condiciones de tomar alimento, se le dé el rico chocolate tipo francés que elaboran los señores Vilaplana y Guerrero.



Nuestro afectuoso saludo al Dr. Ramón Meza y á su distinguida esposa, de vuelta ya de su viaje de recreo por los Estados Unidos.

Durante su viaje, no ha holgado el señor Meza, como lo prueban sus valiosos trabajos acerca las Escuelas de San Luís, que venimos publicando y que son leídos con verdadero interés.

* * *

La popular y acreditada casa de tejidos y confecciones "La Glorieta Cubana", ha cerrado temporalmente sus puertas para dar lugar á importantes reformas del local que ocupa. Próximamente los abrirá de nuevo, presentando grandes novedades.